

rirá nuestro Señor particularmente con nosotros, y pondrá particular fuerza y eficacia en estos medios para conseguir este fin; porque esa es la gracia particular de esta religion, y así lo experimentamos cada dia por la bondad y misericordia del Señor. ¿Qué pensais que es la causa que vá un predicador de la Compañía á una mision, y algunas veces mozo y acabado de salir de los estudios, y revuelve todo un pueblo, y se vienen todos á confesar que no parece sino Semana Santa, y ya se hacen las amistades que no habian podido acabar otros muchos; ya se quitan los pecados públicos que no habia podido quitar la justicia ni los preladados? ¿Pensais que es esto por vuestra virtud y letras, ó por vuestro talento y gracia de predicar? Que no es sino porque es esa la gracia particular de la religion: que por ser ese su instituto y esos los medios proporcionados para él, concurre Dios particularmente con ellos y les dá particular fuerza y eficacia para que consigan su fin; y por el contrario, que es buena confirmacion de esto, vemos en algunos que han salido de la Compañía, que acá parecia que tenian alas, y que volaban y eran oidos, y hacian fruto, y pensaron que allá tambien podian volar y hacer lo mismo; y como las alas eran la gracia de la religion, saliendo de ella, se las dejaron acá y se hallaron desplumados. En el primer libro de los Macabeos tenemos un ejemplo que hace mucho á este propósito (1). Cuenta allí la Sagrada Escritura que los Macabeos hacian maravillas en sus batallas, peleaban valerosisimamente y alcanzaban grandes victorias y sin pérdida ninguna suya, y así tenian grande nombre y fama en todo el mundo. Viendo esto algunos del pueblo de Israel, con la emulacion creció en

ellos la ambicion, y desearon y dijeron: «hagámonos nosotros tambien famosos como ellos.» Y diciendo y haciendo, juntan su ejército, y van á pelear con los enemigos: pero no les sucedió como pensaron, volvieron con las manos en la cabeza. Salen á ellos los contrarios, desbarátanlos y hácenlos huir, y murieron dos mil de ellos. Y nota luego la Sagrada Escritura la razon de ello. Por eso cayeron y fueron desbaratados, y pensando vencer fueron vencidos; «porque no eran del linage de aquellos varones que Dios habia escogido para librar al pueblo de Israel (1).»

De manera, que no tenemos que ensoberbecernos, ni atribuirnos nada á nosotros, sino á Dios y á la Religion debemos todo eso. «Hizonos el Señor idóneos ministros del Nuevo Testamento, no con las letras y talentos que tenemos, sino con el espíritu que él nos comunica (2).» por ser ese nuestro instituto y ser vos miembro de esta Religion, concurre Dios con vos y os dá particular gracia y ayuda para hacer mucho fruto en los prójimos, y para que aprovechándolos á ellos, no solo no os perdais vos, sino antes andeis por ahí aprovechando y creciendo mas en virtud y perfeccion; y esa es la gracia particular de esta Religion y el efecto particular que tiene. Mucho ayuda esta consideracion para quitar desmayos. Nota muy bien San Bernardo (3) que, mandando el Esposo á la Esposa que se levantara del sueño de la contemplacion á la accion, no dice *vade*, sino «*vén, levántate y dâte prisa, amigamia, paloma mia, hermosa mia, y vén (4).*»

(1) Ipsi autem non erant de semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel. *I. Machab. V, 62.*
 (2) Qui et idoneos nos fecit ministros Novi Testamenti, non littera, sed spiritu. *II. ad Cor. III, 6.*
 (3) Bern. serm. 18 *super Cant.*
 (4) Veni, surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. *Cant. II, 40.*

(1) I. Machab. V, 57.

No le dice que vaya, sino que venga, que no dá poco ánimo; porque nos dá en esto á entender que no os deja él á vos que vais, sino que él os lleva y os trae á sí por ese medio. De manera, que no nos envia á esos ministerios para apartarnos de sí, sino para juntarnos mas á sí; á él vamos, y él nos lleva y va juntamente con nosotros, y así no tenemos que temer que por eso perderemos, sino cobrar mucho ánimo y mucha confianza y esfuerzo que con eso ganaremos y medraremos mas. De un hijo de un rey cuenta la Sagrada Escritura, que para animar á sus criados á que hiciesen un hecho, les dijo: «Yo soy el que os lo mando, esforzaos y no temais (1).» Pues si vos, Señor, sois el que me mandais que me ocupe en estos ministerios y que trate con prójimos, ¿cómo podré yo temer? Mas seguro y mas guardado estaré en medio de malas mugeres, confesándolas y predicándolas, si vos me poneis ahí, que solo entre cuatro paredes por mi voluntad; porque vos, Señor, sois el que me lo mandais, vos sois el que me poneis en ello; y así dice el Profeta: «Si anduviere en medio de la muerte, no temeré los males, porque tú estás conmigo (2).»

De aquí se verá tambien cuán grande engaño es el que tienen algunos en la Religion, que guiándose por su juicio y parecer, dicen: «si yo estuviese en tal parte ó en tal oficio ó ministerio, pareceme que estaria consolado y allí serviria mas á Dios: en esta casa ó en este ministerio hállome desconsolado, y pareceme que no aprovecharé.» ¡Oh engaño y desatino grande! ¿cómo pensais vos que os irá bien donde vos os quereis poner? ¡Pluguiera á Dios no

hubiéramos visto por esperiencia el daño de esto! Algunos habemos conocido que no se quietando en los ministerios y puestos en que Dios y la obediencia los ponía, pretendieron otros, procurando de traer la voluntad de los superiores á la suya, pareciéndoles que allí servirian mas á Dios y harian mas fruto. Y fuéles tan mala la mudanza que ellos desearon y pretendieron, que echaron bien de ver que habia sido castigo de Dios. Verdaderamente habiamos de temblar de desear cosa por nuestra voluntad, ni oficio, ni lugar, ni puesto alguno, sino dejarnos llevar y gobernar llanamente de Dios, por medio de la obediencia; porque donde Dios nos pusiere, allí estaremos mejor y mas guardados y seguros.

CAPITULO VIII.

Del primer medio para hacer fruto en los prójimos, que es la buena y santa vida.

Diremos ahora algunos medios generales para aprovechar á los prójimos, de los cuales trata nuestro Padre en la sétima parte de las Constituciones (1), dejando otros particulares y propios de los sacerdotes, de los cuales trata en la cuarta parte (2). Y aunque lo que fuéremos diciendo sea en orden al aprovechamiento de nuestros prójimos, todavia serán cosas que pertenecen tambien á nuestro propio aprovechamiento; porque, como deciamos al principio, están tan unidas en uno estas dos cosas en la Compañía, que lo que es medio para ayudar á nuestros prójimos, es medio para nuestro propio aprovechamiento; y lo que es medio para nuestro propio aprovechamiento, es tambien medio para ayudar mas á nuestros prójimos; y así lo que se

(1) Nolite timere, ego enim sum, qui praecipio vobis; roboramini, et estote viri fortes. *II. Reg. XIII, 28.*
 (2) Si ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala quoniam tu mecum es. *Ps. XXII, 4.*

(1) P. VII. Const. cap. 4.
 (2) P. IV. Const. cap. 8.

dijere, será doctrina que generalmente para todos pueda ser de mucho provecho. El primer medio que pone allí nuestro Padre para aprovechar á los prójimos, es el buen ejemplo de vida. Y á la verdad, dice (1), lo primero, ayuda el buen ejemplo de toda honestidad y virtud cristiana, para que no menos con las buenas obras, antes bien mas que con las palabras, procuren edificar á aquellos con quienes tratan. La buena y santa vida, el estar uno primero medrado y aprovechado en sí, es el principal medio y muy eficaz para hacer mucho fruto en los prójimos. Asi como los árboles que mas han crecido para sí, son mas fructuosos para sus dueños; asi el predicador y el confesor mas aprovechado en sí, será mas provechoso para los otros.

La importancia y necesidad de este medio se vé, lo primero, porque cierta cosa es que el ejemplo de la buena vida es mas eficaz para persuadir á los hombres que cuantas palabras y sermones hay. Y asi Cristo nuestro Redentor, primero comenzó á enseñar el camino del cielo con obras, y despues con palabras: comenzó á obrar y enseñar, dice el Evangelista San Lucas (2). primero quiso obrar treinta años, para predicar tres. Y del glorioso Bautista dice San Gerónimo (3), que por esto escogió el desierto para predicar á Cristo: "Yo soy voz, que dá voces en el desierto (4)." Preguenta el santo doctor, cómo escoge el Bautista el lugar del desierto para predicar? porque el desierto, mas parece que es para no ser visto ni oido de nadie, que para predicar. Responde: esco-

(1) Et primo quidem confert bonum exemplum totius honestatis, ac virtutis christianae, ut non minus bonis operibus, imo magis quam verbis, eis aedificationi esse, quibus cum agitur, curent.
 (2) Caepit Jesus facere, et docere. Actor. I, 1.
 (3) Hieron. epist. de vera circumcisione.
 (4) Ego vox clamantis in deserto. Joann. I, 33.

gió el desierto el predicador y pregonero de Cristo, para que los hombres, viendo la nueva vida en el predicador, se comenzasen á admirar y se moviesen á hacer penitencia, á dejar los vicios y querer imitar al predicador. Entendia bien que el ejemplo era medio mas eficaz para mover á los oyentes y hacer fruto en ellos que las voces y las palabras. Y asi dice de él el Sagrado Evangelio: "Era hacha que ardia y lucia (1):" porque ardiendo para sí en amor de Dios, daba mucha luz y resplandor á los prójimos con el ejemplo de su vida tan maravillosa.

Bien trillada es aquella sentencia de Séneca: "El enseñar por documentos y preceptos es camino muy largo; empero con el ejemplo es muy breve y muy eficaz (2)," porque los hombres mas creen á lo que ven por los ojos que á lo que oyen por los oídos. San Bernardo da otra razon de esto: "Por eso el ejemplo es tan eficaz para mover á otros, porque con eso se persuaden que es hacedero lo que asi se les dice, viéndolo practicar y poner por obra al que lo dice, y asi se animan mucho á obrarlo (3)." San Agustin dice (4) que es tan grande la enfermedad y flaqueza del hombre, que con dificultad obra lo bueno, si no vé primero en otros ejemplo de ello. Y por esto dice importa mucho que el maestro y el predicador del Evangelio sea bueno, para que los que oyen tengan á quien imitar. Y asi decia San Pablo que le imitaban á él, como él imitaba á Cristo (5).

Añádese á esto que cuando se vé que

(1) Erat lucerna ardens, et lucens. Joann. V, 35.
 (2) Longum iter est per praecepta; breve, et efficax per exempla. Senec. lib. 1. epistolarum, epist. 6.
 (3) Sermo vivus, et efficax exemplum operis est; plurimum faciens suadibile, quod monstratur factibile. Bernard. in serm. de S. Benedicto.
 (4) Aug. lib. 3, contra Crescentium Grammaticum, c. 61.
 (5) Imitatores mei estote, sicut et ego Christi. I. ad Cor. IV, 16.

en el predicador y maestro conforma la vida con la doctrina, aquello hace creer que sale de corazon lo que predica, y asi tiene fuerza y eficacia para mover y persuadir: pero cuando no hay esto, es de poca fuerza lo que se dice. Y asi dice San Basilio (1) y San Crisóstomo (2) que aquel no es predicador, ni doctor verdadero, sino falso y fingido; ese, dicen, es representante de comedias. Representa uno la persona de rey, de caballero, de rico; y ni es rey, ni caballero, ni rico: asi es el que predica solamente con palabras. Muy bien representais la humildad, pero no sois humilde: muy bien representais el menosprecio del mundo y de la honra, pero no habeis despreciado el mundo del todo, ni la honra: sois farsante y representante de comedias, no sois predicador evangélico. Compara tambien á estos San Basilio (3) á los pintores, que pintan muy bien la hermosura de un hombre en un lienzo ó tabla, siendo ellos muy feos; asi, dice, son los predicadores, que siendo ellos soberbios, saben pintar muy bien la humildad y decir lindezas de ella; siendo impacientes, saben pintar muy bien la paciencia; siendo parleros y distraidos, saben decir muchos bienes del silencio y recogimiento. San Agustin (4) compara á estos á los mojoneros del campo, que están mostrando al caminante por donde vá el camino y ellos estánse quedos. Asi fueron, dice, aquellos escribas y fariseos que guiaron los Magos á Belen, y ellos quedáronse sin ir allá. San Gerónimo, sobre aquellas palabras del Sábio: "Esconde el perezoso la mano debajo de su brazo, y trabaja si la

llegare á la boca (1);" dice que esconder las manos debajo de los brazos, y no querer de pereza llegar la mano á la boca, es no querer el predicador hacer lo que dice, no concordar la obra con la palabra. San Gregorio Nacianceno dice que el que no predica juntamente con las obras, con una mano atrae las almas y con otra las ahuyenta; con una mano hace y con otra deshace. Esos son los escribas y fariseos que reprehende Cristo en el Evangelio: ¡Ay de los que dicen y no hacen! Esos no mueven ni hacen fruto con sus palabras. Empero el que hace lo que predica, ese será grande en el reino de los cielos (2). Estos son los predicadores evangélicos y apostólicos, y los que hacen mucho fruto en las almas con el buen ejemplo de su vida; porque como la santidad sea una cosa sobrenatural y divina, todos naturalmente les tienen una manera de veneracion y respeto mas que humano; y parece que les miran y oyen, no como á hombres, sino como á ángeles; y asi toman lo que les dicen como cosa del cielo, y aquello les mueve y se les imprime en el corazon. Y por esto el Apóstol San Pablo (3) pide á los obreros de Dios que sean irreprehensibles é inconfusibles, y que sean ejemplo á los fieles, en castidad, en caridad y en las demas virtudes, para que asi su doctrina tenga fuerza y eficacia para derribar á los otros y traerlos tras sí.

Pues este es el principal medio para ayudar á los prójimos, la buena y santa vida. Lo primero, por el ejemplo, como habemos dicho. Lo segundo, porque para que Dios nos tome por instrumentos para hacer mucho fruto en los prójimos, es muy importante que nosotros estemos muy apro-

(1) Basil. homil. 24.
 (2) Chrisost. homil. 1 in acta Apostolorum circa illud: caepit Jesus facere, et docere.
 (3) D. Basil. homil. 24.
 (4) Aug. serm. 34 de tempore.

(1) Abscondit piger manum sub ascella sua, et laborat si ad os suum eam converterit. Prov. XVI, 15.
 (2) Qui autem fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in Regno coelorum. Matth. V, 19.
 (3) I. ad Tim. II, 15; et ad Titum II, 7.

vechados en virtud y en mortificacion. En la décima parte de las Constituciones (1), tratando nuestro Padre de la conservacion y aumento de la Compañía, y de los medios que nos ayudarán á conseguir el fin espiritual para que fué instituida, que es ayudar á las almas, dice que los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que mejor se rija de su divina mano, como son los medios de bondad y virtud, son mas eficaces para esto que los medios que disponen á uno para con los hombres, como son las letras y otros dones naturales y humanos, y asi en aquellos habemos de insistir principalmente. «Todos, dice (2), se den á las virtudes sólidas y perfectas y á las cosas espirituales, y se haga de ellas mas caudal que de letras y otros dones naturales y humanos; porque aquellos interiores son los que han de dar eficacia á estos exteriores para el fin que se pretende.» Y la razon de esto está clara; porque si este negocio tuviera fin humano y de las tejas abajo, medios humanos y prudencia humana bastára para dar buen recaudo de él. Pero el fin que pretendemos es sobrenatural y divino; porque es mover los corazones, convertir las almas y sacarlas de pecado, y no es obra nuestra engendrar en las almas santidad, sino de aquel que dijo en el principio del mundo: «hágase la luz, y fué hecha. (3).» Nuestras letras, nuestra prudencia, nuestra diligencia é industria, y todos cuantos medios naturales y humanos podemos poner, ninguna proporcion tienen con ese fin: Dios es el que luce en los corazones y da palabras de vida; y toda la eficacia del instrumento, para hacer fruto en las almas, nace de Dios. Y asi, aquellos medios que nos juntaren y unieren mas

con Dios, nos harán instrumentos mas aptos y eficaces para convertir las almas; porque mientras mas juntos y unidos estuviéremos con Dios, mejor podremos recibir en nosotros las influencias de sus gracias y dones celestiales y asi comunicarlás á otros.

San Dionisio Areopagita, tratando de la santidad y perfeccion que han de tener los sacerdotes y ministros del Evangelio, por quien Dios quiere repartir su hacienda y su sangre, dice que han de ser ellos primero Santos en sí, para hacer Santos á otros; y han de ser perfectos, para hacer perfectos á otros: han de tener tanta luz y conocimiento de Dios, que puedan alumbrar y dar luz á otros (1); han de estar tan encendidos y abrasados en fuego del amor de Dios, que peguen fuego á otros, y nos enciendan y abrasen en el mismo amor. Porque como dice San Gregorio: «El que no arde en sí, no enciende á otro (2).» Solia aquel Santo Fr. Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, repetir muchas veces estas palabras: «De pecho frio, ¿cómo pueden salir palabras calientes (3)?» Entonces vuestras palabras abrasarán al prójimo en amor de Dios cuando salieren de un corazon encendido y abrasado en amor de Dios. Entonces pegareis por ese mundo aquel fuego que vino el Hijo de Dios á echar en la tierra: «Fuego, dice (4), vine á echar en la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda?» Entonces valdrá mas una palabra que ciento.

Dijo Platon una cosa, en que dijo mas que supo; que asi como la piedra imán tiene esta virtud, que tocando al hierro le im-

(1) Sacri, et sacantes; perfecti, et perficientes; illuminati, et illuminantes. *Dionysius Areopag.*
 (2) Qui non ardet, non incendit. *Gregor.*
 (3) Santo Tomás de Villanueva, cap. 8 de su vida.
 (4) Ignem veni mittere in terram; et quid volo, nisi ut accendatur? *Luc. XII, 49.*

(1) Part. X. Const. § 2.
 (2) Reg. XVI. Summarii.
 (3) Gen. I. 3.

prime la virtud atractiva que ella tiene; de manera, que el hierro que ha tocado á la piedra imán, trae tambien á sí otro hierro, como lo hace la misma piedra imán, que es una cosa de que se maravilló mucho San Agustin (1) cuando lo probó; porque vió que un anillo de hierro, tocado en la piedra imán, trajo y pegó consigo otro anillo, y aquel otro, y ese otro, hasta hacer una cadena de ellos en el aire con aquella trabazon maravillosa; pues asi dice Platon que los hombres tocados en Dios tienen esta virtud de atraer otros á Dios; pero si nuestras palabras no son como de hombres tocados de Dios, ¿cómo han de atraer á otros á Dios? Si vos no estais encendido en fuego de amor de Dios, ¿cómo habeis de encender á otros? Aun allá dicen los retóricos que para mover á otro no hay medio mas eficaz que estar de verdad dentro de sí movido; porque ¿cómo se ha de mover el otro á lágrimas si ve que yo tengo muy enjutos los ojos? ¿Y cómo se ha de mover á dolor, si ve que yo no nuestro dolor ni sentimiento ninguno? ¿Cómo se moverá á indignacion si ve que yo no me indigno? Pues de la misma manera, ¿cómo moverá y aficionará al desprecio del mundo el que no ha menospreciado de veras el mundo? ¿Y cómo aficionará á la mortificacion el que no está aficionado á ella? ¿Y cómo hará á los otros humildes el que no es humilde? Que no quema sino el fuego, ni humedece sino el agua, ni hay cosa que pueda dar á otra el color que ella no tiene. Lo que vos no tenéis, ¿cómo lo habeis de pegar é imprimir en otros (2)? Sereis como los tiros y bombardas que no tienen pelota, que llenan los aires de truenos y de ruido; pero no derriban los muros ni matan los enemigos. Asi son los predicadores que no tienen sino pa-

labras; todo se va en truenos y en ruido de voces; azotan los aires con sus voces, que dice San Pablo á los de Corinto (1), pero no derriban á nadie, ni hieren los corazones, porque no hay pelota, no hay sustancia allá dentro, no hay virtud ni espíritu, que es lo que dá fuerza y eficacia á todo lo demás.

El talento de predicar no está en palabras retóricas y artificiosas, ni en decir cosas muy subidas y sutiles, que no predicaba de esa manera el Predicador de las gentes, aquel vaso escogido Dios para convertir el mundo, como lo dice á los de Corinto (2). Y mas abajo dice: «A Cristo crucificado predico yo; y eso no con ornato, ni artificio de palabras, sino con virtud de espíritu, para que asi la conversion no se pueda atribuir á la elocuencia y sabiduria humana, sino á la virtud de Dios (3).» En la Historia Eclesiástica y Tripartita se cuenta (4) de aquellos santos padres antiguos, por grande loa y alabanza, que enseñaban con sus santas predicaciones y sábios consejos, quitados todos los afeites y flores de los razonamientos retóricos; mas como prudentes médicos aplicaban las medicinas convenientes á las enfermedades de las conciencias de los oyentes. Pues de esta manera han de ser nuestros sermones y pláticas espirituales. No nos vamos allí á predicar á nosotros, sino á Jesucristo, dice el Apóstol San Pablo (5). Y cierta cosa es

(1) Quasi aerem verberans, *I. ad Cor. IX, 16.*
 (2) Et ego cum venissem ad vos, fratres, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientiae, annuntians vobis testimonium Christi. Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. *I. ad Cor. II, 1.*
 (3) Sermo meus, et praedicatio mea non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione spiritus, et virtutis: ut fides vestra non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei. *I. ad Cor. II, 4.* — Non in sapientia verbi, ut non evacuetur Crux Christi. *I. ad Cor. I, 17.*
 (4) Historia Eclesiástica, part. 2, lib. 1, cap. 6.
 (5) Non enim nosmetipsos praedicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum. *II. ad Cor. IV, 5.*

(1) Aug. lib. 21 de civitate Dei, cap. 4.
 (2) Nemo dat, quod non habet.
 B. del G., tom. XV. — II. — EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS. — T. II.

que los predicadores que pretenden mostrarse muy eruditos y elocuentes y muy grandes romancistas, que harán muy poco fruto. Lo primero, por lo que habemos dicho; porque los oyentes que tienen algún juicio entienden que el que así predica se va escuchando, y saboreando, y floreado en lo que dice, pretendiendo mas mostrarse muy buen hablador que deseoso de aprovechar. Lo segundo, porque la misma elegancia quita el fruto; y cuanto mas elegante fuere uno, tanto menos aprovechará; porque verdadera es aquella sentencia de los retóricos que trae Quintiliano: «Falta el sentido á la oracion, cuando se alaban las palabras (1);» quiere decir, que pierden los hombres la atencion á las cosas, cuando son muy elegantes las palabras, porque estas hurtan la atencion á las sentencias, y no miran lo que se les dice por mirar cómo se les dice: pues si aun los mismos retóricos reprenden esto, y lo tienen por grande vicio del orador, ¿cuánto mas se ha de reprender en el predicador evangélico que ha de atender solamente al provecho y salvacion de las almas? Dice San Pablo: «El don de predicar dálo Dios para provecho de los prójimos (2).» Y asi en eso ha de poner el predicador siempre los ojos, dice San Gerónimo: «La señal del buen sermón, no es el aplauso de los oyentes, ni que salgan diciendo: «Jamás ha hablado hombre así (3). ¿Habeis visto qué de cosas trajo y qué bien dichas?» Sino la compuncion y lágrimas de los oyentes, y la enmienda y mudanza de su vida (4).» Y en esto está el talento de predicar, en que

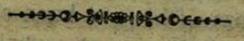
(1) Jacet sensus in oratione, in qua verba laudantur. *Quintil. lib. 8.*
 (2) Unicuique autem datur manifestatio spiritus ad utilitatem. *I. ad Cor. XII, 7.*
 (3) Nunquam sic locutus est homo. *Joann. VI, 46.*
 (4) Docente te in ecclesia, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Lachrymae auditorum laudes tuae sint. *Hieron. epistol. 2 ad Nepotianum.*

Dios tome á uno por instrumento para mover los corazones de los oyentes, y que mediante sus palabras queden los hombres desengañados, y caigan en la cuenta de su mala vida pasada, y se arrepientan y vuelvan á Dios de corazón. Decia el P. maestro Avila: «predicar no es estar razonando allí una hora de Dios, sino que venga el otro hecho un demonio y salga hecho un ángel. En eso está el tener talento de predicar.» Y otro gran siervo de Dios decia que cuando salen los oyentes del sermón cabizbajos, que no se habla ni se mira el uno al otro, entonces ha sido bueno y provechoso el sermón; porque aquello es señal que cada uno lleva recaudo para sí.

En la vida de nuestro P. San Francisco de Borja se cuenta (1) que, cuando predicaba en Vizcaya, la mas de la gente no percibia lo que decia, asi por ser mucha la gente y no poderse acerear al púlpito, como porque no entendian la lengua castellana; pero era cosa maravillosa ver la atencion con que todos le oian y las lágrimas que derramaban. Preguntados algunos qué era la causa por qué lloraban en el sermón, pues no lo entendian; respondian que por ver un duque santo, y porque dentro de sus almas sentian unas voces é inspiraciones de Dios que les significaban y daban á entender lo que el predicador desde el púlpito les estaba predicando. Otra vez en Portugal, queriendo el Infante Cardenal (que despues fué rey de Portugal) que predicase el P. San Francisco, y diciéndole que estaba cansado, porque habia venido de camino, respondió (2) el Cardenal: «no quiero que predique, sino que suba al púlpito, y que vean al que dejó cuanto tenia por Dios.» Eso es lo que predica y lo que

(1) Lib. 2, cap. 1 de la vida del P. San Francisco de Borja.
 (2) Lib. 2, cap. 21.

hace fruto en las almas mas que las palabras, el ejemplo y santidad de la vida. Y asi eso es lo que nosotros habemos de procurar y en lo que principalmente habemos de insistir, para que Dios nos tome por instrumentos para la conversion de las almas, asi los predicadores como los confesores y todos los demas que tratan con prójimos.



CAPITULO IX.

Del segundo medio para ayudar á los prójimos, que es la oracion.

El segundo medio que pone nuestro Padre para ayudar á los prójimos, es la oracion, y dice: «Ayúdase tambien al prójimo con deseos santos y oraciones (1).» Como este negocio de ganar y convertir almas es sobrenatural, mas se alcanza y hace en él con oraciones, lágrimas y gemidos, que con palabras y voces. Mas hizo la oracion de Moisés y mas parte fué para alcanzar victoria contra Amalec, que todas las lanzas y espadas de los que peleaban. Mientras Moisés tenia levantadas las manos vencía el pueblo de Israel, y cuando las bajaba era vencido; y fué menester que dos le sustentasen las manos, uno de un lado y otro de otro, para que siempre estuviesen levantadas, y asi alcanzaron victoria (2). Este era el modo con que el pueblo de Dios vencía á sus enemigos. Y eso es lo que los Madianitas, viendo las victorias grandes de los hijos de Israel, temiendo dijeron: «Como el buey con la boca paca las yervas hasta la raiz, asi este pueblo nos ha de destruir á nosotros (3)» con la boca, que es con oracio-

(1) Juvatur etiam proximus sanctis desideriis, et orationibus. *P. VII, Const. cap. 4.*
 (2) Exod. XVII, 12.
 (3) Ita delebit hic populus omnes, qui in nostris

nes. Asi declaran este lugar San Agustin y Orígenes (1). Pues si la victoria de la guerra (para la cual parece que tienen alguna proporcion nuestras fuerzas y poder humano) la da Dios por oraciones, ¿qué será la victoria de los enemigos espirituales y la conversion de las almas, donde nuestros medios, fuerzas é industrias quedan tan cortas y tan atrás que ninguna proporcion tienen con tan alto fin? Con oraciones y con gemidos habemos de tratar con Dios este negocio. Estas son las que han de aplacar á Dios y alcanzar el perdon y la conversion.

San Agustin (2) va declarando y ponderando muy bien el valor y eficacia de este medio, sobre aquellas palabras que dijo Dios á Moisés: «Déjame para que se aire mi furor contra ellos y los destruya (3).» Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro, queria Dios destruirlos. Moisés pónese á rogar á Dios por ellos, diciendo: «¿Por qué, Señor, quereis castigar á vuestro pueblo, al cual sacastes de Egipto con mano fuerte y poderosa?» Mirad, Señor, que dirán los egipcios que para eso los sacastes á estos montes y desiertos, para cogerlos, como dicen, en escampado, y asolarlos allí del todo. Acordaos, Señor, de Abraham, Isaac y Jacob, vuestros siervos, á los cuales prometistes y jurastes que habiades de multiplicar su generacion como las estrellas del cielo y darles tierra de promision. Respóndele Dios: «Déjame, que los quiero destruir y asolar (4).» ¿Qué es esto, Señor? ¿para qué decís *déjame*? ¿Quién os tiene, ó puede tener á vos? ¿Quién os puede atar las manos?

finibus commorantur, quomodo solet bos herbas usque ad radices carpere. *Numerorum XXII, 4.*
 (1) Aug. *serm. 93 de Temp.*—Orig. *hom. 13 sup. Numeros.*
 (2) Aug. *quaest. 149, super Exod.*
 (3) Dimitte me, ut irascatur furor meus contra eos, et deleam eos. *Exod. XXXII, 10.*
 (4) Dimitte me. *Ubi sup.*